

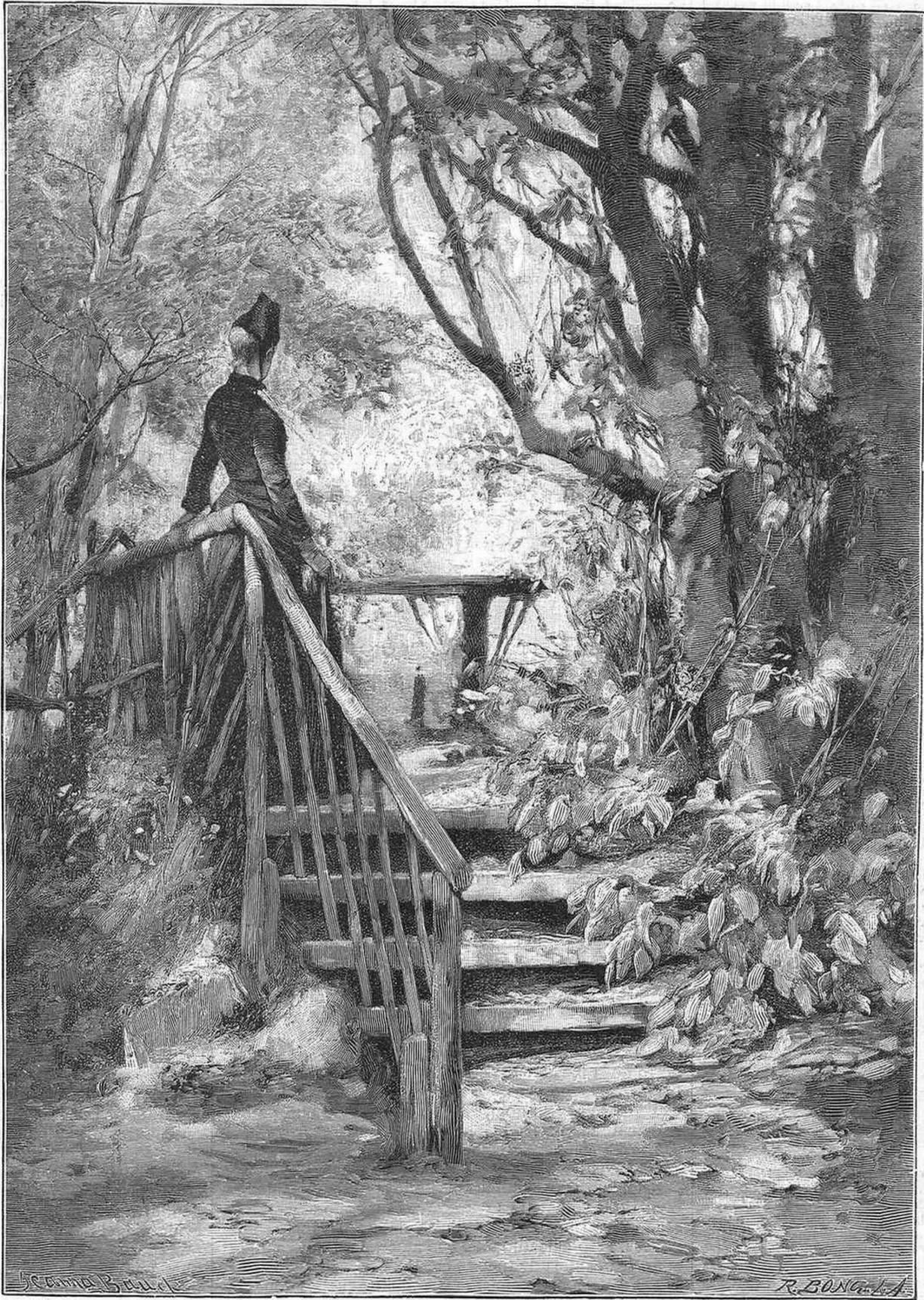
ILUSTRACION
ARTISTICA

AÑO VIII

→ BARCELONA 2 DE DICIEMBRE DE 1889 ←

NÚM 414

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA DESPEDIDA, cuadro de Juana Bauck, grabado por Bong

SUMARIO

TEXTO. — *Nuestros grabados.* — *Las Cuatro Estaciones*, por don Juan B. Enseñat. — *Un duelo singular*, por don F. Moreno Godino. — *La idea errante*, por don José Cuenca. — *Noticias varias.*

GRABADOS. — *La despedida*, cuadro de Juana Bauck. — *La fiesta mayor del Albiol*, cuadro de Galofre-Oller. — *El vino nuevo*, de una fotografía publicada por E. Schroder. — *Reconvención cariñosa*, cuadro de F. Morgan. — *Entre flores*, cuadro de Roberto Beyschlag. — *La estatua de Juan B. Dumas, en Alais*, obra del escultor M. Pech. — *Mensajero en amor*, cuadro de H. Fechner. — *Exploraciones de Cabo Juby*.

NUESTROS GRABADOS

LA DESPEDIDA, cuadro de Juana Bauck

La autora de este cuadro, después de haber visto premiados en su patria (Dinamarca) con varias medallas algunos de sus lienzos, se ha trasladado recientemente á Munich, ese emporio de las artes bellas en donde tanto pueden aprender y tanta inspiración pueden recibir los verdaderos artistas como Juana Bauck.

La despedida puede contarse en el número de las mejores obras de ésta: su autora, dejándose llevar de una imaginación potente, ha pintado con enérgicas pinceladas un fragmento de naturaleza casi salvaje de admirable realismo y obediendo á los impulsos de su sentimiento ha colocado en tan agreste sitio una figura extraordinariamente simpática cuya tristeza se adivina en su sola actitud y cuya mirada se siente flotar, aunque el rostro no se vea, al través de aquella atmósfera impregnada de aire, de luz y de vida hasta posarse sobre el ser querido de quien acaba de separarse y que se aleja hasta perderse de vista en el horizonte.

LA FIESTA MAYOR DEL ALBIOL
cuadro de Galofre-Oller

(Exposición Universal de Barcelona de 1888)

Como cuadro de costumbres populares no ha de buscarse en *La fiesta mayor del Albiol* lo que podemos llamar toques efectistas, sino la belleza resultante de la poética sencillez que caracteriza á las fiestas de las pequeñas aldeas catalanas. Desprovistas de todo aparato, aparece en éstas el sentimiento puro sin artificios que lo desfiguren ni mistificaciones que lo maleen y de aquí que las modestas procesiones que celebran en honor de su santo patrono causen en el ánimo una sensación suave y gratísima que muchas veces no logran producir las más pomposas ceremonias.

El Sr. Galofre-Oller ha reproducido con gran acierto uno de estos pintorescos asuntos comunicando vida y movimiento á la escena por medio de una colección de figuras bien tomadas del natural que dan cabal idea de la devoción y respeto que en los pueblos de la alta montaña, como el Albiol, inspiran los actos religiosos, especialmente los que tienen lugar con motivo de la fiesta mayor.

EL VINO NUEVO

De una fotografía publicada por E. Schroder

Para comprender la significación de este grabado es preciso saber que en todas las poblaciones vinícolas de Alemania y aun de otros países de origen germánico, la recolección del vino del año es celebrada con grandes fiestas que, á pesar de la causa que las motiva, nunca se salen de los límites de la inocente alegría para trasponer los umbrales de la bacanal repugnante.

Esto sentado, creemos difícil que pueda encontrarse una alegoría más bella ni más gráfica que la que ha sabido componer el autor de la fotografía que reproducimos con pocos y bien sencillos elementos: un barril con la fecha de 1889 como indicando que el vino en él contenido es de la última cosecha, y un hermoso niño coronado de pámpanos y con la copa en la mano cuyo rostro se anima y alegra con las libaciones del sabroso líquido, le han bastado para formar un encantador conjunto en el cual el verdadero artista resulta ser el pequeño Baco que tan bien ha sabido identificarse con el asunto por el fotógrafo concebido.

RECONVENCIÓN CARIÑOSA
cuadro de F. Morgan

La joven madre embriagada con los nuevos goces que en su alma ha despertado su primer hijo, se ha olvidado del antiguo amigo, del pobre perro que antes se veía siempre halagado y que hoy, no pudiendo resignarse al desvío de su ama, tímidamente se le acerca, fija en ella sus inteligentes ojos y lame cariñosamente su mano como reconviéndola por su olvido y suplicándole que de cuando en cuando le recuerde con alguna caricia aquellos tiempos para él tan felices que por desgracia no han de volver.

El cuadro de Morgan es interesante así por el asunto (que también los sentimientos expresados por animales interesan), como por la espontaneidad con que está ejecutado y por la expresión de cada una de las figuras: la inocencia del niño, el éxtasis de la madre y la solicitud del olvidado perro júnctanse para formar un grupo de indiscutible belleza.

ENTRE FLORES, cuadro de Roberto Beyschlag

Roberto Beyschlag es considerado en Alemania como especialista en la pintura de figuras femeninas y de escenas de familia y de la vida ordinaria; pero á juzgar por su cuadro *Entre flores*, bien puede asegurarse que con igual maestría que este género domina el del paisaje: la verde colina de suave pendiente que á un lado se alza, los esbeltos troncos que sobre ella se destacan, el pintoresco chalet que medio sepultado entre frondosa arboleda en el fondo se distingue, la luz que inunda el lienzo y el aire que invade los espacios intermedios no presentan el menor punto vulnerable á la crítica del más exigente.

¿Qué diremos del grupo para el cual parecen haber sido pintadas tantas bellezas? Creemos bastante consignar que en nuestro concepto justifica la antes expresada opinión que de este pintor tienen formada sus compatriotas.

LA ESTATUA DE JUAN B. DUMAS, EN ALAIS,
obra del escultor M. Pech

Juan B. Dumas nació en Alais en 14 de julio de 1800, estudió farmacia en su villa natal y en 1817 se dirigió á Ginebra en donde se dedicó con verdadera pasión al estudio de la botánica, de la física y de la química teniendo por maestros á De Candolle, á Pictet y á De la Rive. En unión de Prevost publicó entonces numerosas me-

morias sobre la sangre, la transfusión, las secreciones, la generación, etc., siendo uno de los más notables resultados de sus trabajos el descubrimiento de que el riñón no es el órgano de la secreción de la urea, hecho plenamente confirmado por la ciencia moderna. En 1823 se estableció en París y con Audouin y Brongniard fundó los «Anales de las ciencias naturales»; en 1828 empezó la publicación de su gran «Tratado de química» obra que por sí sola hace la fama de un sabio é inmortaliza á su autor, y en 1829 creó la Escuela central de Artes y Oficios. Fué profesor agregado de química en 1832 en sustitución de Gay Lussac, profesor titular de esta asignatura en 1841 y decano de la facultad de ciencias en 1842. Ya antes, en 1834, había obtenido en un brillante concurso la cátedra de química de la facultad de medicina. Desde 31 de octubre de 1849 á enero de 1851 desempeñó la cartera de Agricultura y Comercio y más tarde fué miembro de la Comisión Consultiva, senador y finalmente vicepresidente del Comité de Instrucción pública.

Este sabio ilustre, el primero que arrojó cierta luz sobre la química orgánica antes envuelta en tinieblas y el que más contribuyó á simplificar su estudio, falleció en Cannes á la edad de 84 años.

Su villa natal le ha erigido un monumento, que uno de nuestros grabados reproduce; la estatua que lo corona es obra del célebre escultor M. Pech, quien ha sabido animar el bronce y hacer revivir en el metal la fisonomía del sabio químico: éste está representado de pie con el brazo extendido en la actitud que le era familiar cuando enseñaba en su cátedra ó cuando pronunciaba alguna de aquellas elocuentes oraciones que le abrieron las puertas de la Academia Francesa.

En el acto de la inauguración el insigne Pasteur, discípulo predilecto de Dumas por encargo del cual estudió y venció la terrible enfermedad que amenazaba acabar con la industria de la sericultura en el departamento del Gard, pronunció un sentido discurso en el que hablando de su querido maestro dijo, entre otras cosas: «... Hay, por último, un número reducido de individuos tan aptos para el trabajo silencioso como para los debates de las grandes asambleas. Además de los estudios personales que les aseguran un sitio aparte en la posteridad, tienen el espíritu atento á todas las ideas generales y el corazón abierto á todos los sentimientos generosos. Estos hombres son los espíritus tutelares de una nación. M. Dumas fué, desde muy joven, el perfecto tipo de esta clase de hombres.»

MENSAJERO DE AMOR, cuadro de H. Fechner

El artista parece haber querido demostrar que en la primavera de la vida las mujeres se hallan dispuestas á escuchar benévolas las insinuaciones del amor. Para dar forma á esta idea ha trazado un paisaje y unas figuras en estado de perfecta calma; las pasiones no han hecho presa aún en esa joven que se entrega por completo á la contemplación de la naturaleza. Un idilio más... ¡Lástima grande que esa Arcadia no exista sino en la mente de los poetas y de los artistas!

EXPLORACIONES EN CABO JUBY

Los retratos que en nuestro grabado reproducimos son el de Donald Mackenzie, famoso explorador inglés que en 1879 fundó en la costa de Africa la colonia de Cabo Juby; y los del barón Lahure y de M. Fourcault, coronel del ejército y teniente de la marina belgas respectivamente, que acompañaron á aquél en una de sus varias expediciones para asegurar el libre desenvolvimiento de la factoría amenazado por los ataques de los marroquíes.

Las cuatro vistas, copiadas de los croquis sacados durante su viaje por el barón Lahure, representan el puerto de Cabo Juby, una parte de la plaza y el castillo que fué terminado en 1882 y constituye una excelente defensa; la llanura de Dowrah que cerca de la colonia se extiende; la ciudad de Tarfaya que proyecta construir Mackenzie y que estará defendida por una batería y una extensa muralla; y una porción del Sahara en el delta del Saghiet El Hamra, gran afluente del Wadi Draa; las figuras que en este último dibujo se ven son las de los tres citados exploradores que quisieron recorrer y examinar aquella comarca próxima á Cabo Juby, hoy casi inhabitada, pero en extremo fértil y muy propia para el cultivo.

LAS CUATRO ESTACIONES.

No voy á imponerte, lector carísimo, ningún estudio climatológico, ni la leyenda de esas alegorías que tan á menudo vemos en las cuatro paredes de cualquiera habitación. Voy á hablarte de las Estaciones.... para contarte su historia.

Porque ellas tienen la suya, como tú y yo y mi vecino de enfrente; con la diferencia de que la tuya y la mía no pasarán á la posteridad, y mucho menos la de mi vecino, que es el procurador más enteco y estúpido del reino curial; al paso que la historia de las Estaciones se perpetuará á través de las edades, si no escrita en páginas más duraderas que las mías, conservada por la tradición oral, mientras haya hogares (que los habrá siempre) donde se escuchan narraciones al plácido amor de la lumbre.

Cuando Dios hubo creado el mundo (nadie dirá que no me remonto al origen de las cosas); cuando las flores ostentaban por primera vez sus matices en praderas y montañas, y los árboles extendían sus robustas ramas en los bosques, y las brisas y los pájaros lo llenaban todo de armonías, y á tan maravilloso concierto se unían los resplandores de la luz celeste y el mágico espejismo de los ríos y los mares, llamó Dios á las Cuatro Estaciones y les dijo:

— Ahí tenéis mi obra. Estoy satisfecho de ella, porque realmente me parece hermosa.

Las Estaciones se inclinaron en señal de respetuosa conformidad.

— Oídme, pues, continuó diciendo el Autor de tanta maravilla. Mi voluntad es entregaros el mundo tal como ha salido de mis manos. Distribuís ambiente y luz, árboles y flores. Pero cuidadlo todo con amor, pues quiero que el amor sea el alma de todo lo creado.

Las Estaciones recibieron con júbilo aquellos dones inapreciables, y no pensaron más que en gozarlos en común, sin acordarse de la distribución aconsejada por Dios.

Durante algún tiempo, vivieron felices y exentas de todo cuidado. Pero aquella dichosa calma duró poco, pues no tardó en nacer entre ellas la discordia.

La Primavera, osada y veleidosa, no podía soportar la fría calma del Invierno. El ardoroso Estío se avenía muy mal con el flemático Otoño, quien á su vez estaba celoso de la Primavera, por su constante coqueteo con las flores.

La situación se puso tan tirante, que entre todas se ar-

maba un cisco, á cada rato, por un quitame allá esas pajas, y raras veces sucedía que árboles y flores no pagasen los platos rotos.

Un día en que se le apuró la flema, exclamó con insidiosa resolución el Otoño:

— ¡Ea! esto no puede continuar así. No cabemos juntos en un mismo saco.

— En saco podrán ir los frutos que apeteces, pero no las flores que yo idolatro, repuso la Primavera.

— Dejémonos de equívocos y de metafísicas, continuó diciendo el Otoño. Mientras dure este comunismo que nos tiene en perenne y mutua guerra, no habrá paz posible.

— Es verdad, dijeron á un tiempo las otras tres Estaciones.

— Pues si así lo reconocéis, ¿por qué no buscamos una solución que nos devuelva la tranquilidad perdida?

El Otoño, eminentemente positivo, llevaba al cónclave la solución preparada, y después de explicar su pensamiento, cual no lo haría mejor el más hábil de los oradores parlamentarios del día, consiguió fácilmente que su proposición fuese aprobada por unanimidad.

¿Y en qué consistió la solución de aquel conflicto?

Sencillemente, en el reparto de la tierra.

El ideal de muchos socialistas modernos, que creen que el sistema es de reciente invención. *Nihil novum sub sole.* Y dispensa, lector, el latinajo, que te suplico no tomes por alarde de erudición.

Decíamos, pues, que las Estaciones se repartieron el globo terráqueo, de conformidad con la proposición del Otoño.

El Invierno estableció dos misteriosas residencias y marcó sus dominios en ambos Polos.

En la zona tórrida sentó sus reales el Estío.

Y el Otoño y la Primavera se quedaron con las regiones intermedias, que se amoldaban á su carácter y á su gusto.

No faltaron infracciones al convenio, que no hay ley que no las sufra en nuestro globo, ni fueron pocas las violaciones de la propiedad que dieron triste ejemplo las Estaciones, siempre en mutua y continua lucha.

Pero á través de tantas vicisitudes, la división ha subsistido cuasi en la primitiva forma. Las usurpaciones del Invierno en menoscabo de la Primavera, con ser las más largas y frecuentes, han tenido sus revanchas y no han logrado modificar las demarcaciones de los respectivos dominios.

Aunque invada con sobrada frecuencia la templada zona en que por fortuna se halla situado nuestro patrio suelo, el Invierno sigue instalado en su antigua residencia polar, donde reina constantemente en absoluto.

Quejoso de los atentados cometidos contra su legítima propiedad, y tal vez dominada por su carácter veleidoso, la Primavera propuso una modificación trascendental de las estipulaciones vigentes.

Convocadas las Estaciones, se reunieron en solemne cónclave para escuchar las proposiciones de la caprichosa Primavera.

Esta se adelantó, primorosamente adornada de flores, y con aire coquetón y melosa voz de sirena, concretó sus pretensiones en estos ó parecidos términos:

«De buena fe procedimos, en un principio, al reparto de la tierra que nos pareció más acertado, dados nuestro gusto y temperamento respectivos. Aquella división parecían destinada á establecer entre nosotras la armonía y buen acuerdo que deben reinar entre vecinos, para el desenvolvimiento natural de las propias fuerzas y su aplicación constante al mejoramiento de su condición. La experiencia ha demostrado que en esto, como en otras muchas cosas, la práctica no ha correspondido á nuestros ideales. La augurada paz se ha visto alterada por frecuentes luchas. El respeto á la ley planteada, la mutua consideración, han sido vanas fórmulas de fallidos deseos. La ciega ambición ha atropellado por todo, y hemos pasado entre sobresaltos y luchas, el tiempo que hubiéramos podido emplear en el goce de los bienes terrenales.»

Aquí hizo una pausa la oradora, dirigiendo á sus oyentes una mirada que lo mismo atendía á escudriñar el efecto en ellas producido por sus palabras, que á ganarse su voluntad á fuerza de provocativa ternura. Algo satisfecha de su observación, prosiguió diciendo:

«Esta tirantez de relaciones, esta desavenencia continua, esta mutua desconfianza, este perenne estado de guerra, decidme, ¿puede continuar?»

«Aunque la negativa no salga á vuestros labios, la leo en vuestros ojos, donde se reflejan los sentimientos del alma. Procedamos, pues, al establecimiento de un nuevo orden de cosas. Sin vacilaciones ni desconfianzas, sin egoísmos ni recelos, tomemos hoy mismo una resolución definitiva y salvadora. Sin necesidad de ponérselo yo en evidencia, el tiempo ha demostrado que es indispensable proceder á una nueva división de dominios, menos expuesta á contingencias como las que han seguido al primer convenio.»

«En un principio, Dios nos dió en común los bienes de la tierra. Fuimos bastante presuntuosas para atrevernos á enmendar la plana al mismo Criador del Universo. Quedan castigadas nuestra vana presunción y nuestra rebeldía. Pero nunca es tarde para volver de un error y dejar la senda del mal para seguir la que al bien conduce. Pues si Dios nos favoreció con la comunidad de tantos bienes ¿por qué hemos de estar sujetas cada una á una zona invariable? Lo que cada una de nosotras debiera tener, es un espacio de tiempo determinado, durante el cual po-



LA FIESTA MAYOR DEL ALBIOL, cuadro de Galofre-Oller, grabado por Sadurní (Exposición Universal de Barcelona.—1888)

seería la tierra entera, ejerciendo en ella absoluto dominio.»

Observarás sin duda, mi querido lector, la manifiesta contradicción de la antojadiza Primavera, quien después de atribuir grandes males á la circunstancia de haberse repartido bienes que por mandato divino debieron haberse disfrutado en común, proponía como gran remedio otro reparto que implicaba una nueva desobediencia al Ser supremo.

Pero las demás Estaciones no advirtieron seguramente aquella falta de lógica en el discurso de su compañera, pues dieron señales de aprobar sus conclusiones.

La idea del poder absoluto, aunque sólo fuese por un tiempo determinado, ejerció en su ánimo una impresión tan dominante, que no dejó paso á reflexión alguna. En esto, como en otras muchas cosas, aquellas misteriosas entidades demostraron tener muchos puntos de contacto con el común de los mortales.

Hubo un corto silencio que el fogoso Estío rompió luego diciendo en actitud resuelta:

— Me declaro conforme con la proposición tan lógica y elocuentemente formulada por la Primavera, y me adhiero á su plan, con la condición de que se me reserve el Ecuador como residencia fija. Porque supongo que una vez expirado el tiempo de su respectivo dominio, no ha de quedarse cada una de nosotras á vivir de prestado y á merced de la que impere.

— Claro está que no, replicó el Invierno; y por lo que á mí toca, también acepto la nueva división, si me reservan los Polos.

La Primavera irreflexiva consintió en admitir aquellas enmiendas, sin reparar en que desnaturalizaban esencialmente su proyecto, dejando á las Estaciones privilegiadas terreno expedito para volver á los abusos que se trataba de evitar.

El Otoño, sesudo y práctico, nada reclamó por el momento, reservándose los medios de resarcirse con creces en ocasión más oportuna. Haciendo ya sus cálculos positivos para su capote, se inclinó en señal de asentimiento.

Quedó, pues, estipulado el nuevo convenio.

La Primavera quería desde luego tomar posesion de su reino. Pero el huracán Invierno se apresuró á poner un freno á su impaciencia.

— Calma, señora mía, le dijo. He aprobado tu proyecto, en espera de resultados más satisfactorios que los obtenidos hasta el presente. Pero si, dejándonos llevar de optimismos halagüeños, caemos en errores idénticos á los pasados, se presentarán otros inconvenientes y sufriremos nuevos desengaños. Es preciso tomar contra nuestras propias flaquezas, precauciones suficientes para que otra vez

no seamos víctimas de los males que á toda costa tratamos de evitar.

— No acabo de entender tus sentenciosas vaguedades, objetó la Primavera. Concreta tu pensamiento y sepamos de una vez lo que pretendes.

— Si nuestro convenio permite que una sola de nosotras se apodere de cuanto en la tierra es tenido por gracioso y bello, veremos surgir las mismas dificultades y se reproducirán los celos y ambiciones que durante tanto tiempo nos han tenido en guerra.

— ¿Quieres, entonces?...
— Que nos distribuyamos también las galas de este hermoso planeta.

Entablóse, con tal motivo, una larga y calurosa discusión en que el testarudo Invierno llevó la mejor parte.

Procedióse, por fin, á la estipulación de un artículo adicional al nuevo convenio, en virtud del cual se cedieron á la Primavera los retoños y capullos, al Estío las flores, al Otoño los frutos y al Invierno las hojas de las plantas.

El codicioso Otoño no pudo menos de exclamar:

— ¡Ajá! los frutos son míos! Lo cual le valió una ardiente sátira del Estío.

El Invierno se contentó, al parecer, con lo que en el reparto le cabía, puesto que no hizo ninguna observación en contra.

La impaciente Primavera tomó incontinenti posesión de su reino.

A su contacto, germinaban los retoños en los árboles, y brotaban á millares los capullos entre las verdes hojas. En la rozagante naturaleza todo le sonreía.

Cuando los capullos se hubieron desplegado, engalanando las plantas con infinita variedad de colores, llegó el Estío y ocupó el trono de la tierra.

Pero antes de que les tocara el turno á las otras dos Estaciones, hubo quien atentara contra el orden establecido. Con lo cual quedó una vez más probado que el espíritu de rebelión está encarnado en todos los seres, visibles é invisibles, del planeta que habitamos.

El Otoño, imbuído siempre en ideas positivistas, que llevaba siempre que podía al terreno de la práctica, concibió el proyecto de pactar secretamente con el Estío, y el pacto bi-lateral fué pronto un hecho.

El Estío se comprometió á cederle parte de las flores, en cambio de algunos frutos.

Inútil es decir que el codicioso Otoño se hubiera quedado con la parte del león, si el Estío no se le hubiese impuesto con ardorosa energía. Este abusó del poder que aun ejercía para escoger y apropiarse los frutos de más fresco y delicado jugo.

Pero sucedió una cosa inesperada y á consecuencia de

la cual el pobre Invierno, á pesar de su carácter reposado y frío, quedó lastimosamente burlado.

Según el último convenio establecido, le pertenecían de derecho las hojas de las plantas.

Pues bien; durante la época del año en que el ambiente se llena de efluvios de amor; cuando en la copa de los árboles juegan todavía las hojas con la inquieta brisa, y, en el suelo, hierbas y musgos se hallan esmaltados de brillantes flores, sucedió que entre éstas y las hojas se desarrolló una verdadera fiebre de coquetería y amoríos.

Como suele acontecer entre todos los seres de la tierra, aquellos amores empezaron por bromitas y retozos.

Si el sol procuraba enaltecer con sus raudales de vivificante luz los múltiples matices de las flores, se le interceptaban á veces con maliciosa impertinencia las juguetonas hojas.

Otras veces, para que los ardorosos rayos del astro rey cayesen sobre ellas como lluvia de fuego, se inclinaban para abrirle paso, y las delicadas flores, lastimadas por tan súbita y fuerte impresión, doblaban su corola hacia la madre tierra, que las besaba, amorosa y triste, al ver el mustio aspecto de sus tiernas hijas.

Y entonces las pícaras hojas se reían estremeciéndose de gozo y manifestando además su diabólica alegría con cuchicheos cantados al céfiro sutil.

En otras ocasiones, después de una benéfica lluvia, las flores dejaban evaporarse las gotas de agua que ya no les servían, y cuando, saturadas de frescura, se disponían á que el ambiente y el sol las favoreciesen con el calor necesario para las funciones vitales, las pícaras hojas sacudían sobre ellas otra lluvia inesperada, con las gruesas gotas de agua que adrede habían tenido en suspenso.

Pero todas estas travesuras, que al principio únicamente denunciaban exceso de buen humor, con un tantico de malicia, se fueron complicando con síntomas de amor, y acabó todo por ponerse al servicio de esta ciega deidad.

El sol era cada vez más ardiente, y las delicadas flores se hubieran marchitado del todo, si las hojas, menos impertinentes y más amables, no les hubiesen servido de escudo, amortiguando el golpe de los rayos solares.

Después de tan elocuente prueba de los sentimientos de ternura que iban dominando á las hojas, éstas y las flores se desvivieron por acortar la distancia que las separaba, aspirando al beso sublime con que el amor perpetúa la vida.

El problema parecía de difícil solución, por cuanto las hojas pendían en general de altas ramas y las flores apenas conseguían erguir su corola sobre el nivel de la verde alfombra.

¿Cómo vencer los obstáculos? ¿Cómo suprimir aquella

distancia? El amor, que en todos tiempos y en todos casos se ha mostrado el más hábil y sagaz de los dioses, no tardó en encontrar los medios de satisfacer sus ardientes aspiraciones.

Hojas y flores hallaron pronto un mensajero para su mutua correspondencia amorosa. Más que mensajero era una especie de telégrafo viviente, por el cual de continuo subían y bajaban juramentos y suspiros. La honrada Celestina del reino vegetal era la Hiedra.

Vió la luz entre las flores, y apercibiéndose de que, sin apoyo alguno, su destino era arrastrarse por el suelo, se fué acercándose á los árboles y trepando por el tronco se encaramó en las ramas y se enredó con las hojas. Ella fué la inventora del refrán que dice: *Quien á buen árbol se arrima...* Ya sabes, lector, lo demás.

Desde entonces, la hiedra fué una poética escala de sentimentales juramentos, una dulce cadena de ternura, un discretísimo telégrafo de amor.

¿Quién, al verla por primera vez, no reconoce en ella tan simpático destino? ¿Quién no adivina en sus verdes espirales la misteriosa vía de corrientes magnéticas, de callados suspiros y de vibraciones de amoroso entusiasmo?...

Las hojas y las flores se contentaron, pues, con aquella discretísima mensajera.

Todo eran deliquios de amor, cuando expiró el reinado del Otoño; y éste quiso, antes de abandonar el poder, llevarse consigo las últimas flores.

Ante aquel monstruoso abuso de autoridad, que implicaba una expoliación irritante, y una violación de la ley, las hojas se pusieron pálidas y amarillentas, é imploraron del Otoño que al menos una vez les permitiese juntarse con sus amantes moribundas.

Aunque el dominio de la tierra pertenecía ya al Invierno, el Otoño cometió su última usurpación de poder otorgando á las hojas la gracia que pedían. Al efecto sacudió rudamente á los árboles y las hojas desprendidas vinieron al suelo.

¡Ay! entonces principiaron verdaderas locuras de amor...



EL VINO NUEVO, de una fotografía publicada por E. Schroder

El Otoño, á quien aquel juego causaba una salvaje alegría, se entretenía en desencadenar todos los vientos sobre las pobres hojas, que se revolvían bailando una danza frenética en medio de las flores, sin que les fuese permitido prolongar un beso ó una caricia.

A veces aparecía enlazada de un árbol á otro, como formando un arco triunfal en honor del soberano Invierno, y revestía generosa los escuetos árboles con un hermoso adorno de verdura que suplía con ventaja al perdido follaje.

Fácilmente abatidas por aquel torbellino, las débiles flores inclinaban su corola para no volverla á erguir jamás, al paso que las hojas, arrulladas al fin por las últimas caricias del Otoño, se entregaban al sueño eterno.

Llegó pausada y friamente el grave Invierno, quien al tomar posesión temporal de la tierra, se encontró con que bosques y campiñas le recibieron desnudos y desiertos.

Los árboles, que tan majestuoso ramaje habían ostentado durante el dominio de las anteriores Estaciones, eran ahora esqueletos inmóviles, cuyas siluetas se destacaban siniestramente sobre el fondo gris de un cielo brumoso. Eran muy contados los oasis de verdura en los extensos páramos donde venía á reinar el Invierno.

Veáse algún grupo de pinos y abetos, conservados por la virtud forzosa en que vivían, merced á la triste circunstancia de que á causa de sus piñas y afiladas hojas, ninguna flor quería tener con ellos amorosas relaciones. En las laderas de altos montes y en los repliegues de umbrosos valles, animados por las aves que en ellos habían establecido sus cuarteles de invierno, se veían oscuros bosques de encinas, cuyas ásperas hojas, erizadas de púas, les enajenaban también las caricias de las flores.

En extensas llanuras, la muerte parecía haber sembrado la soledad y el abandono en todo el reino vegetal.

Los únicos vestigios de vida los presentaba la verde hiedra, ya recostada en alguna roca, ya entrelazada con desnudas ramas, como amante fiel al ídolo de sus amores aun después de la muerte.

En más de un punto, se abrazaba á las ramas para ocultar la ingratitud de las hojas, las cuales habían abandonado á los árboles que les dieran vida, para correr, aturdidas y veleidosas, de flor en flor, en busca de fugaces amores.



RECONVENCIÓN CARIÑOSA, cuadro de F. Morgan



ENTRE FLORES, cuadro de Roberto Beyschlag, grabado por Bong

Absorto contempló el Invierno sus dominios, que á la sazón ofrecían triste y desconsolador aspecto.

Irritado contra las hojas antojadizas é ingratas, azotó con furia las que, amarillentas y solitarias, aun pendían de alguna que otra rama; las derribó al suelo y las hizo rodar por caminos y eriales hasta sepultarlas en algún rincón bajo una losa de nieve.

Entonces reparó en la hiedra. Detúvose ante ella conmovido y habló en estos términos á sus hojas:

—No temáis. Mi justa cólera únicamente se desata contra las que, profanándolo todo, incluso el amor, alma del mundo, vivieron en la ingratitud y en la lascivia. A vosotras, fieles y constantes, generosas y tiernas, os quiero amparar y proteger. No quiero que perezcáis en la podredumbre del suelo. Vuestra misión, caritativa y dulce, se cumplirá mientras yo empuñe el cetro de la tierra. Seguid siendo fieles mensajeras de ternura; llevad y traed misteriosos saludos de la flor á la hoja y del Otoño á la Primavera, Estaciones condenadas á no verse juntas mientras subsista la actual división de los terrenales dominios. Vosotras seréis las que yo elija como intermediarias para mi correspondencia con el apartado Estío. Sed un puente eterno, echado sobre el abismo del olvido, por donde puedan pasar, de una Estación á otra, sentimientos é ideas, ilusiones y esperanzas, amores y recuerdos.

Y efectivamente, la hiedra ha tenido desde entonces la misión de enlazar y unir, y es, en medio de las crudezas del invierno, un perenne recuerdo de las Estaciones floridas y una esperanza de próximas galas y venturas para la tierra.

Mientras todo duerme en la Naturaleza, el Invierno hace germinar en los espíritus las concepciones más sublimes; aplaca las pasiones y adormece los apetitos de la materia, para que el alma triunfante y vigorosa se purifique en las serenas regiones de lo ideal, y conciba inmortales obras que modifiquen la condición del hombre, contribuyendo á su perfeccionamiento moral y dejándole entrever lo infinito y lo eterno, esencia de Dios hacia el cual dirige su aspiración suprema.

Merced al Invierno, se han librado de eterno olvido los hechos de las razas primitivas. Sin las tradiciones, transmitidas de generación en generación, al amor de la lumbre, la humanidad no tendría historia.

Ni la tendrían tampoco las Estaciones, si allá, en los tranquilos hogares del Norte brumoso y frío, durante las interminables horas de las veladas de invierno, no se hubiese transmitido de padres á hijos, y más aún de abuelos á nietos, la poética é interesante leyenda que acabo de referir.

JUAN B. ENSEÑAT

UN DUELO SINGULAR

I

No pretendo decir nada nuevo al consignar que los hombres y por consiguiente las mujeres y los niños, esto es, toda la especie humana estamos plagados de pasiones y rarezas inconcebibles. Sócrates lo ha dicho muchos años antes que yo, añadiendo que *estos desequilibrios ó irregularidades son necesarias para que se cumpla la ley de la vida basada en la diversidad.*

Pero hay excentricidades tan salientes y tan nimias que chocan hasta al filósofo más convencido.

Cualquiera que conozca á Pepito y sepa el *tic*, como dicen los franceses, de que se halla poseído, se quedará tan admirado como el que á través del microscopio estudie los misterios de una gota de vinagre ó de agua corrompida.

Empavaor es una palabra de origen andaluz que no está admitida en ningún diccionario del mundo, y que sirve para clasificar á la especie más rara de los piratas callejeros ó séase perseguidores de mujeres al aire libre.

Pepito, que no hace nada más que comerse una corta renta de que es poseedor, se levanta temprano, se viste con esmero pero sin pretensiones y se echa á la calle en busca de mujeres á quienes... empavar.

Por las costumbres de Pepito el lector irá enterándose de la significación de este verbo.

Primero acude á los mercados y plazuelas en donde pululan las fámulas de servicio, después acecha la entrada en las tiendas y talleres de las *muchachas de labor*, y por último más tarde espera á que circulen por Madrid las jóvenes ó viejas de buen ver, que van á compras, visitas, misas ó paseos.

Usa con todas las mismas procedimientos, se las come con los ojos, las sigue con encarnizamiento á todas partes hasta que las deja en la casa, propia ó ajena, á donde van. Es, permítaseme la expresión, el cabestro del amor.

Algunas, especialmente entre las de primera hora, que son las más fáciles, viéndose seguidas por Pepito, le alientan con sus miradas, se paran bajo cualquier pretexto por ver si él se las acerca; pero Pepito, situado siempre á honesta distancia, nunca las habla.

Ha habido más: alguna descarada, ó astidiada de aquella persecución, hase aproximado á él y le ha dicho:

- ¿Se le ofrece á V. alguna cosa?
- Nada absolutamente, — ha contestado Pepito.
- Como parece que viene V. siguiéndome.
- Será ilusión de V...

Este es el género *empavaor*: en Andalucía y aun en

Madrid existen varios ejemplares, pero ninguno tan culminante como Pepito.

Si este se concretara á esta inocente manía, nada habría que decir, ni yo hubiera escrito este artículo; pero como donde hay mujeres suele haber hombres, Pepito ha sufrido algunos disgustillos con algún marido ó amante escamados, con tanta más razón por cuanto aquél las echa también de bravo y peleador, y usa un aire petulante y lleva el sombrero algo inclinado hacia la oreja derecha.

Consignados estos preliminares, entro en materia.

II

Yo tengo un amigo llamado Pepe, esto es, José, y advierto que no hay que confundirle con Pepito, el cual no puede confundirse con nadie. El susodicho amigo tiene á su vez una novia, ésta, á su vez, tiene un genio algo levantisco y caprichoso; y como mi amigo tiene también un carácter algo vidrioso y celoso en demasía, resulta de todas estas combinaciones que ambos enamorados andan siempre á la greña riñendo y haciendo las paces continuamente. Yo creo que ambos se quieren, lo cual no obsta para que traten de disgustarse entre sí todo lo más posible.

Cuando están reñidos, él sigue á ella y la espía subrepticamente, y ella, que lo sabe, coquetea y se hace la melindrosa.

En uno de estos momentos de crisis, una mañana apacible y serena, mi amigo Pepe seguía á su adorado tormento que iba á *tiendas* con su tía. Llegaron á la calle del Carmen, ella delante y él muy detrás, y cuando Pepe se hacía todo ojos para no perderla de vista, he aquí que le corta el paso el célebre Pepito, diciéndole:

—Oiga V., noto que viene V. siguiendo á esa joven del vestido verde.

—¿Y á V. qué le importa?

—¿Cómo que qué me importa? Ahora mismo va V. á largarse de aquí en dirección contraria.

Pepe es poco sufrido y además comenzó á sentir la comezón de los celos, así es que sólo contestó propinando á su interlocutor una tremenda bofetada, tan tremenda que hizo despertar de su pacífico sueño á una fosforera establecida en la antedicha calle. Pepito, aturdido, recogió del suelo el sombrero que se le había caído, y un tanto repuesto volvió á atajar el paso á su agresor, que continuaba su camino, diciendo ó más bien gritando:

—¡Es V. un café, exijo una satisfacción!

Tratándose de sitio tan concurrido excuso decir que pronto se aglomeró un grupo de gente entre la que se hallaba mi humilde persona. Traté de mediar entre los contendientes, pero Pepito no escuchaba á razones, sino que sacando de un bolsillo un pedazo de cartulina, se la alargó á Pepe diciendo:

—Ahí va mi tarjeta, deme V. la suya.

—No tengo nada que dar á V. como no sea un segundo bofetón, si se empeña.

Temiendo que se prolongara aquel espectáculo callejero, cogí á Pepito del brazo y conseguí llevármelo, asegurándole que yo era amigo de su contrincante y que todo se arreglaría.

—No hay más arreglo, — dijo Pepito, — que un duelo á muerte. Dígame V. el nombre y las señas de ese hombre.

Procuré apaciguarle, pero viendo que me las había con un majadero, le dejé con la palabra en la boca, subiéndome á uno de los ómnibus de Oliva.

Había ya olvidado este incidente, pero una noche me buscó mi amigo Pepe en el café Suizo y me dijo de sopetón:

—¿Sabes que aquel de la bofetada me ha mandado sus padrinos?

—¡Hombre!

—Él y ellos son tres moscas de las que no puedo zafarme. Como tú comprenderás, no abrigaba ningún resentimiento contra ese títere; pero en vista de su ridícula insistencia, se me ha abierto el apetito de romperle cualquier cosa.

—No hagas caso.

—Tengo que hacerle, si quiero verme libre de escenas como la del otro día. Como tú presenciaste el lance, me he acordado de tí. Arregla eso, con ayuda de Ramiro, que está ya advertido. Ahí tienes las señas de esos tres señores... pollos...

Ramiro y yo vimos á los aludidos pollos, que en efecto casi lo eran; pero la buena voluntad de los cuatro se estrelló contra la tenacidad de Pepito, que á toda costa quería batirse. Convinimos, pues, en que el duelo se verificaría á sable, como arma menos peligrosa, con prohibición además de usar la estocada; y puestos de acuerdo, respecto á la hora y sitio, esperamos el desenlace.

III

Había ya despuntado el día, pero aun el rubicundo Febo no destrenzaba la crencha de sus hermosos cabellos, cuando Pepe, Ramiro y yo, dejando las ociosas plumas que nos servían de lecho (como diría Cervantes) esperábamos en un coche junto á la Puerta de Alcalá, la llegada del terrible Pepito y de sus padrinos. No tardaron éstos en llegar en un landó amarillo, tirado por dos soberbios caballos que se tambaleaban de hambre, y todos nos dirigimos al sitio elegido para el duelo.

Pepe estaba cabizbajo y como pensativo.

—¿Qué tienes, hombre? — le dijo Ramiro; — supongo que no será miedo?

—Creo que no.

—Pues entonces?...

—Será la madrugada, — observé yo. — ¡Sienta tan mal madrugar! Sólo por esto y en venganza, desearía que hicieras un buen rasguño á ese mamarracho de Pepito.

Hubo un intervalo de silencio. Pepe seguía preocupado.

—¿Has hecho testamento? — le preguntó en broma Ramiro.

—Habría que tomarle á beneficio de inventario, por causa de los ingleses, — contestó Pepe que comenzaba á animarse.

—¿Qué dejas á tu novia? — dije yo procurando alegrar la situación.

—Opino que debería dejarla la cabeza de Pepito conservada en alcanfor, — observó Ramiro.

—Habéis dado en el *quid*, — dijo Pepe. — Leocadia es lo que me preocupa.

Leocadia era la novia de Pepe.

—¿Y te encomiendas á ella como los caballeros andantes á sus damas, antes de pelear?

—No es eso.

—¿Pues qué?

—A vosotros puedo decíroslo como buenos y antiguos amigos que sois. He recibido una carta de Leocadia que me escarabajea.

—¡Hola, una cartita!

—Sí.

—¿Llena de protestas de amor, y por consecuencia temes dejarla sola en el mundo *por mor* del temible Pepito? — dije yo.

—No, hombre, sino que estoy algo escamado.

—¿Pues cómo?

—Oid y juzgad, — repuso Pepe sacando del bolsillo una carta que trascendía á oponentes.

Leyó:

«Adorado Pepe...»

—¿Con que te adora, con que eres adorado, con que mereces adoración? — interrumpió Ramiro.

—Oye y calla, — repuso Pepe, prosiguiendo su lectura:

«Tengo una feliz noticia que comunicarte, tan feliz, que al hacerlo me estremezco de gozo. Mi tía, que te tenía entre ojos, consiente al fin en que seas presentado en casa. Mi amabilísimo primo Alejo es el encargado de esta maniobra. Búscalo. Ya sabes que va casi todas las noches al teatro del Circo ó al Billar universal á jugar carambolas; pues él está dispuesto á hacer una contigo, con la tía y conmigo. ¡Es tan bueno y tan complaciente! Al pensar en los buenos ratos que vamos á pasar este invierno, se me estremecen los nervios...»

—Ya se ha estremecido dos veces, — observó Ramiro.

«Al amor del brasero, cabe la camilla, mi tía, mi primo, tú y yo, formaremos un cuadro delicioso. Ya verás qué conversación tan chispeante tiene mi primo...»

—Omito el resto por su poca importancia, — dijo Pepe interrumpiendo la lectura.

—Bueno, ¿y qué? — pregunté yo, — ¿para qué nos has leído esos párrafos?

—No os parece, — observó Pepe, — que este primo de quien tanto se ocupa Leocadia, es demasiado complaciente?

—¿Te ha presentado ya?

—No ha habido tiempo. Ayer recibí la carta.

—Le buscarás, por supuesto.

—Sí, le buscaré probablemente para romperle la cabeza.

—¡Hombre!

—Pues mira, chico, — dijo Ramiro, — si sigues por ese camino, te pronostico graves disgustos soltero y casado.

IV

Nuestro coche, que seguía al de Pepito, se detuvo en el camino que conduce á la Plaza de Toros, y cargados con cuatro sables enfundados nos dirigimos á pie al sitio en que debía verificarse el duelo.

Los alrededores del Circo Taurino (estilo Santa Coloma) son notables por su desolación; aquello se asemeja á un desierto de la Arabia Pétreá, salvo algunos cercados y unas cuantas casuchas campestres. Es un terreno inculto interrumpido por varias hondonadas que las lluvias transforman en sucias lagunas.

En los días de trabajo aquellos lugares están tan solitarios como las ruinas de Palmira cuando las visitó Volney.

Durante el trayecto yo observaba á Pepito que iba delante de todos, por ver si sorprendía en él alguna impresión de miedo, pero nada, fresco, colorado, fumando un inmenso cigarro puro, y casi risueño; el célebre *empavaor* presentaba un aspecto tranquilo.

Aquella serenidad me fué simpática y comprendí que se puede ser tímido con las mujeres y valiente con los hombres.

Exploramos el terreno y hallamos un sitio á propósito detrás de un casarón, especie de granero desmantelado, en donde había una pequeña planicie.

Yo reflexionaba. Los dos futuros combatientes me resultaban simpáticos: el uno por amistad, el otro por su incauta juventud.

Pensaba además en el fútil motivo del duelo: batirse por tan poca cosa era una chiquillada.

Cuando ya nos habíamos detenido, descubrimos en lontananza los tricórnios de una pareja de la guardia ci-



LA ESTATUA DE J. B. DUMAS, EN ALAIS (GARD), obra del escultor M. Pech

vil, y la sorteamos, dando vuelta al edificio, bien así como hubiéramos podido hacer en Madrid, girando en derredor de un coche parado, para evitar el encuentro con un acreedor.

Pasó la nube, esto es, la pareja, y entonces yo, movido de las anteriores reflexiones, intenté un postrer esfuerzo á fin de que no se llevara á efecto aquel duelo tan injustificado. Conferencí con los padrinos de Pepito, que permanecía un tanto apartado fumando imperturbablemente, éstos á su vez trataron de convencer á su apadrinado de que no había razón para que por una niñería, se expusieran los contendientes á perder un ojo, una oreja ó *aínda mais*; pero Pepito se encerró en esta frase, tomada quizá de alguna novela: *yo nunca suspendo un lance, mucho más habiendo llegado ya al terreno.*

— ¡Pues adelante! — dijimos Ramiro y yo, enterados de esta irrevocable resolución.

Elegimos dos sables. Entretanto Pepito, con resuelto ademán, quitóse la americana y el chaleco que llevaba puestos, y los colocó sobre un gran pedrusco que había en el suelo. Después entreabrióse la pechera de la camisa, sin duda para demostrarnos que no llevaba ninguna cota de malla.

En vista de este ejemplo, Pepe hizo lo mismo.

Dimos un sable á cada uno de los combatientes. Pepito blandió belicosamente el suyo, como probando la seguridad de la empuñadura.

Colocamos á los adversarios frente á frente.

— ¡En guardia! — dije yo.

— ¡Ahora! — exclamó uno de los padrinos de Pepito.

Esperábamos ver cruzarse las armas, pero ¡oh asombro! Pepito tiró la suya con un movimiento rápido y emprendió una vertiginosa carrera en dirección hacia la Plaza de Toros: no hubiera corrido más á ser perseguido por uno de los miuras enchiquerados para la corrida que debía verificarse al día siguiente.

Quedámonos todos estupefactos.

Uno de los padrinos del rauda *empavaor* lanzó un grito de indignación, y poniendo en juego sus monumentales zancas, salió en persecución del fugitivo, y le halló, según supimos, pugnando por salir de un lago formado por las lluvias, en el que, ciego por su impetuosa carrera, habíase precipitado.

¿Supondrán ustedes que á consecuencia de este último percance, Pepito se ha enmendado? Pues nada de eso: ayer le ví siguiendo á una ex-horchatera (hoy esterera) de la Plaza de Isabel II.

F. MORENO GODINO

LA IDEA ERRANTE

I

Parece mentira que, siendo como es tan antigua la existencia de muchas de mis compañeras, y que teniendo todas ellas un don de palabra perfecto y claro para poder contaros lo que somos, el cómo hemos nacido, y la vida que llevamos, hasta el día permanezcamos ignoradas de todo el mundo como lo están los misteriosos arcanos.

Tal vez no es debido todo esto sino á la imperfección de vuestros sentidos, impropios para poder comprender lo que expresan tan delicados acentos.

Hoy que por una feliz circunstancia mi voz se ha hecho más clara é intensa, hoy que me puedes entender, voy á sacarte de esa ignorancia en que vives acerca de nuestra existencia (y que es común á los tuyos), relatándote en breves términos mi historia, que es análoga en su forma á la de todas mis hermanas. — Escucha pues.

Así murmuraba á la caída de una hermosa tarde, cuando, entregado á mis pensamientos, meditaba, rodeado por la soledad en el frondoso bosque, una voz suavísima, un rumor apenas perceptible; voz ó rumor tan sutil y delicado como suele serlo aquel que emana de una idea que anda errante por el espacio.

II

Mi nacimiento, continuó diciendo aquella voz, no proviene sino de la contracción que experimenta el cerebro humano, cuando por efecto de una sensación más ó menos profunda se alteran vuestros nervios.

Nacemos con una exuberancia de vida excepcional; en nuestro ser se agita fuerte y vigoroso un pensamiento; estamos poseídas en fin, de una viveza tal, que apenas nacidas nos revolcamos en nuestra cuna pugnando por salir, y luego tendiendo nuestras alas, en rápido vuelo ansiamos lanzarnos al espacio.

Pero ¡ay! que no siempre nuestros deseos se ven coronados por el éxito; que hay antes de llegar á las puertas de nuestro encierro una garganta estrecha y en ella establecido un fielato, donde para poder salir tenemos que dejar como recaudo nuestra preciada alma y entregarla por capricho del que nos dió la vida, á un ser estúpido que nace allí sin ella y que se llama voz.

Esta es quien, merced al ruido que produce, una vez apropiada de la esencia de nuestro ser os lleva á vosotros el conocimiento que tenéis de nuestra existencia.

Pero (y he aquí porqué te hablo) ese conocimiento es imperfecto: padecéis un lamentable error. Conocéis tan sólo el fondo de la cosa, mas nó la cosa misma. El conjunto que la constituye y que se halla representado en aquellas que como yo han podido salir y volar por los espacios, libertadas de pagar un tributo con su alma; alegres, bulliciosas, dueñas de un cuerpo que se salvó de desaparecer para siempre cerca de unos labios, y que es inmaterial, invisible, pero siempre perfecto, representa en el mundo un papel más elevado: es además una sublime armonía que surca el éter purísimo, contribuyendo con sus delicadas notas á realizar más y más el colorido que ostenta en sus cuadros la madre Naturaleza.

III

Yo nací, como me estaba reservado, merced á la contracción que hicieron experimentar al cerebro de un pobre diablo, faltar de dinero pero exuberante de sentimientos, sus nervios impresionados por la influencia de unos ojos preñados de encantos mil.

Al instante fuí bautizada con el tan tierno nombre *Te amo*, y no bien hube recibido la bendición, cuando con movimiento extraordinario me revolqué en mi cuna, pugné por salir, y desplegando mis alas penetré en la estrecha garganta á que atrás me he referido.

Sin embargo, la salida con que había soñado no pudo ser salvada por mí. Sólo me encontré antes de llegar á ella con un nudo, con un obstáculo imprevisto que me cerraba el paso y contra el cual me estrellé con gran violencia.

Quedé atontada. Así permanecí un momento; y luego me sentí arrastrada hacia abajo por una fuerza superior á las mías, y después introducida en un corazón muy tierno y que latía violentamente.

En el fondo de él, un risueño amorcillo comenzaba á nacer, y yo le ayudé con mis débiles fuerzas en tan penosa faena.

Ocurría esto cierta tarde del mes de las flores, y al pie de un castaño, donde, sentada la niña de los ojos preñados de encantos mil, se entretenía en deshojar una blanca margarita que poco antes le había prendido en los cabellos mi enamorado creador.

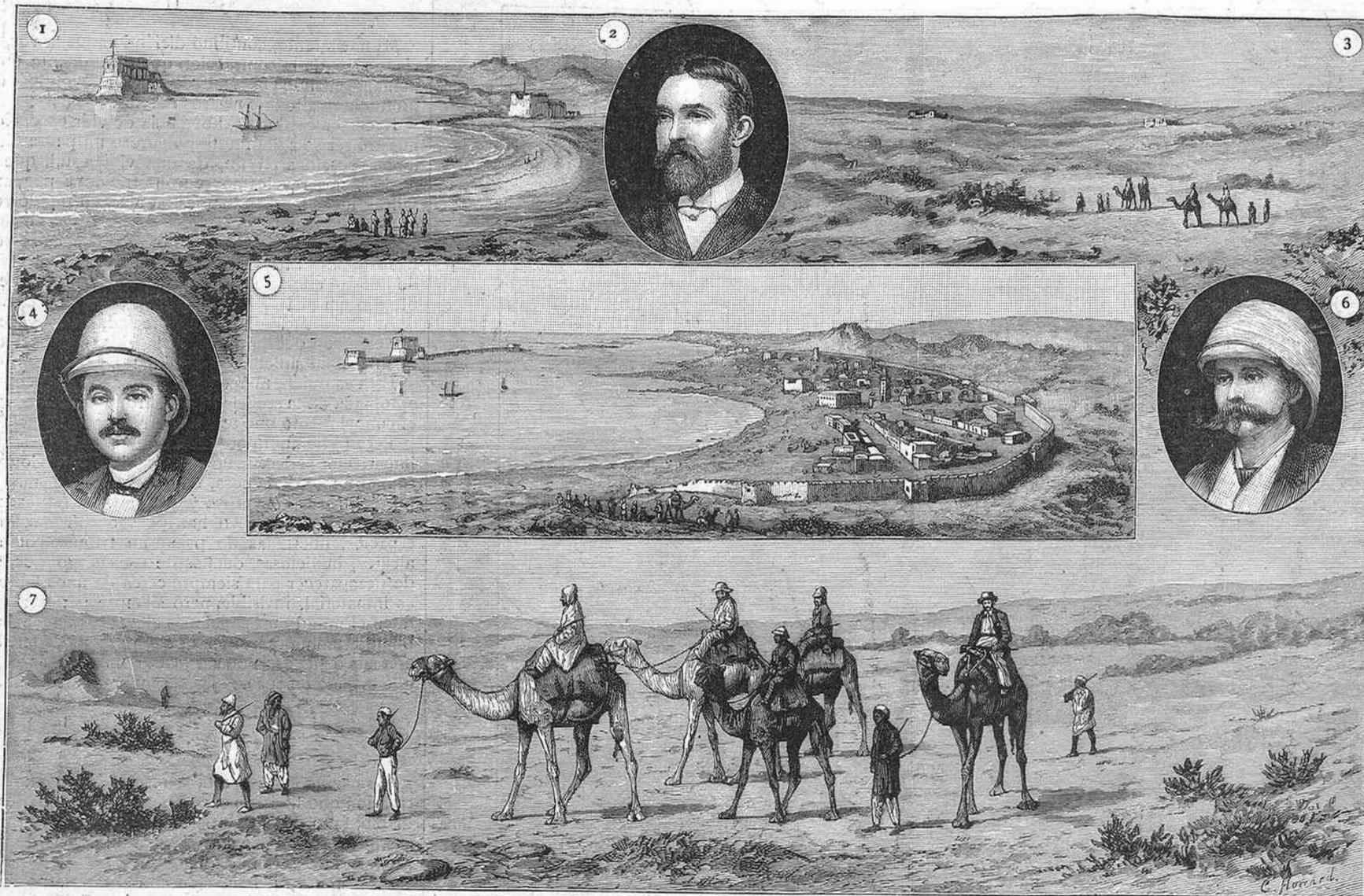
IV

Algún tiempo después, cuando más distraída me encontraba jugando con mi compañero el amor, que ya crecido era rubio, melancólico y discreto, sentí que la fuerza de la otra vez me arrastraba cual antes, y que de nuevo era conducida á la garganta de donde había sido primero arrastrada.

Al encontrarme allí, tuve de nuevo deseos de volar. Sacudí mis alas ya por entonces perezosas, extendílas or-



MENSAJERO DE AMOR, cuadro de H. Fechner



LAS EXPLORACIONES EN CABO JUBY, COSTA NOROESTE DE AFRICA

- 1. Puerto de Cabo Juby
- 2. M. Donald Mackenzie, fundador de la colonia de Cabo Juby
- 3. La llanura de Dowrah
- 4. El teniente Fourcault
- 5. La proyectada ciudad de Tarfaya, Cabo Juby
- 6. El coronel barón Lahure
- 7. Viajeros atravesando el Sahara

gulososa, subí más... pero bien pronto ví alzarse á mi presencia el obstáculo que me impidió salir en la ocasión primera y que allí, detenida otra vez, de nuevo quedaba entontecida por efecto de un segundo choque, y después arrastrada hacia abajo y encerrada también en mi prisión.

En tanto allá en la puerta algunas compañeras mías, detenidas también, esperaban desapareciese el obstáculo para poder volar como volaron encarnadas en las formas de un lenguaje que no ostentaba sino estudiadas frases.

Era otra tarde aquella en que, juntos también los dos, fijas la mirada en la mirada y el pensamiento en el pensamiento, se estrechaban las temblorosas manos, ciegos, sin ver que entre ellos se levantaba gigante y sombría la tantas veces insuperable barrera que separa al pobre de la vana riqueza.

V

Y siguió pasando más tiempo; y por ya repetirse varias veces las mismas idas y venidas, hube de comprender al cabo que mi destino era un perpetuo encierro.

Por esto mi desesperación era espantosa. No podía acostumbrarme á permanecer allí eternamente. Yo había nacido para volar, para tener por reino el espacio inmenso, y no para morir en él de envidia, viendo que otras hermanas mías, que llevaban para mayor tortura mi dulce nombre *Te amo*, salían después uno y otro día, alegres y bulliciosas, á enloquecer nacientes amores con los armoniosos sonidos que adquirían al tomar las formas del lenguaje.

Más ¡ay! que estúpida entonces no comprendía que me estaba reservado un destino más envidiable aún. ¡Tonta mil veces que me quejaba cuando era la verdadera idea, que vuela y piensa al mismo tiempo y posee una forma que es la suya, y una armonía dulce y suavísima con que poder sembrar de notas delicadas las alas de los vientos y las superficies de las cristalinas fuentes!

VI

Y el tiempo continuó volando, y llegó el día aquel en que al morir mi dueño, pude recobrar la libertad.

Era de noche, me acuerdo bien. Allá lejos daba un reloj las once, cuando de repente y como si obedeciesen á una fuerza única, todos los nervios de aquel ser se agitaron convulsivamente. Cesó el corazón, en donde permanecía yo encerrada, de producir aquel latido constante que tan alterada me tenía á todas horas; un frío intenso penetró en mi cuerpo después de haber ya recorrido el suyo; y sin saber cómo, en un momento me ví lanzada al espacio en alas de su alma, libre, sin que nada se opusiese al deseo de remontarme á mi vez.

Dejé al alma que continuó subiendo; poséme un instante sobre aquella frente de mármol que había sido mi cuna en otro tiempo, y después de derramar una lágrima por la memoria de aquel hombre, besé la calenturienta mejilla de su desconsolada madre que junto á él rezaba y abandoné aquel sitio para siempre.

VII

Desde entonces mi vida se desliza tranquila y venturosa, recorriendo estas selvas que tan alegres son. En ellas he encontrado la soledad que siempre anhelé, y en sus claras fuentes me he posado varias veces, y me seguiré posando, que son pródigas como ningunas en delicados besos que dan hermosura á la forma é intensidad al sonido de nuestra voz.

Cuando en el silencio de la noche, en la soledad de las selvas, en la escondida fuente, creéis murmullos del céfiro y de las aguas los sonidos que llegan hasta vosotros, padecéis un lamentable error.

Esa música armoniosa, que por suavísima tan sólo se oye en esas soledades, complaciendo vuestros oídos, no proviene, nó, del viento ni de las aguas, que éstos son mudos como lo es la luz. Ese sonido es producido por el canto tierno de las invisibles ideas, mis hermanas, que como yo no gustan de otro placer que el ir volando de allá para acá, repitiendo sus nombres en alegres cantos.

JOSÉ CUENCA

APARATO PARA SUBIR ESCALERAS, DE M. J. ALAIN AMIOT. — En la galería de máquinas de la última Exposición Universal de París llamaba la atención un aparato para subir escaleras destinado á sustituir con ventaja en algunos casos al ascensor común y que se basa en la adaptación en las escaleras existentes de una especie de asiento móvil que siguiendo las mismas evoluciones de aquéllas pueda transportar de un piso á otro á una persona sin ocupar más sitio que el que ésta ocuparía subiendo ó bajando á pie.

La instalación puede resumirse en los tres siguientes órganos: 1.º el *guía*, generalmente constituido por dos hierros planos sostenidos de techo en trécho por pequeñas columnas y que siguen á pocos centímetros del pasamanos las mismas evoluciones de éste; 2.º el *asiento móvil conductor*, compuesto de una especie de carretón vertical con ruedas que encajan en los hierros planos que hacen las veces de rails y de un banquillo sobre el cual se coloca el que quiere subir ó bajar; y 3.º del *motor*, que puede ser hidráulico, eléctrico etc. y que comunica movimiento al carretón por medio de una cadena ó de un cable pudiendo, según las circunstancias, variar en él el modo de

transmisión ya ejerciendo una tracción directa ya impulsando un árbol transmisor del cual tome cada aparato la fuerza necesaria y en el sentido que se quiera.

En una escalera se colocan tantos aparatos como pisos haya en ella y de esta suerte cada uno puede funcionar independientemente, de modo que mientras el uno baja, el otro puede subir.



Aparato para subir escaleras de M. J. Alain Amiot
Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria
IMP. DE MONTANER Y SIMÓN